EDITORIAL

RESPONDER CON ESPERANZA A UN RETO

ENCUESTAS Y SÍNODO EUROPEO

Releyendo algunas de las intervenciones del reciente Sínodo para Europa encontramos, entre otras muchas, dos que nos han invitado a detenernos en el camino y echar una mirada al panorama que nos presentan. Una de ellas es del arzobispo de Atenas, Mons. Nikolaos Fóscolos y la otra del cardenal Eyt, arzobispo de Burdeos. En un momento de su discurso el primero de ellos dice: "Hoy Europa necesita una Iglesia más ágil que, dejando a un lado ciertos elementos superfluos de los siglos pasados y conservando intacta su doctrina y moral, hable sobre todo a la juventud sin equívocos, sin imponerle al mundo moderno 'más de lo necesario', como hicieron los apóstoles reunidos en Jerusalén. De esta manera, el viejo continente podrá encontrar nuevamente la alegría y la esperanza en Jesucristo". El del cardenal Eyt refleja una preocupación y constituye un diagnóstico: Hay "una especie de apostasía tranquila" de un gran número de euro-

peos, al menos en Occidente, sobre todo entre los adolescentes y jóvenes. Anima europea naturaliter iam non christiana".

A todo esto se une el resultado de algunas encuestas realizadas entre la juventud española de finales de los 90, que señalan un incesante alejamiento de los jóvenes de la Iglesia institución y de la creencia en Dios o que, aun estando cerca de las instituciones y colaborando con religiosos y religiosas en actividades de tipo social, valorando el talante y la tarea que realizan, no sienten que sea necesario consagrarse a ese género de vida que, casi sin excepción, les parece exige demasiado, al ser "para toda la vida", y consideran que es de otra época. Jóvenes que, siguiendo la tendencia a la autonomía, a forjarse un mundo absolutamente a su medida, se crean un dios de rostro amable y permisivo que no les impone más normas que las que ellos quieran asumir. Por otra parte un dios vacío que no proporciona sentido a la vida. En la encuesta Jóvenes 99 de la Fundación Santa María, Javier Elzo se aventura a apuntar algunas causas de esta situación y entre otras aduce tres que, al menos a nosotros, nos parecen acertadas: "en primer lugar, aspectos propios de la Iglesia católica; el proceso de la rápida secularización de la sociedad española (una de cuyas manifestaciones determinantes para lo que nos ocupa es la impresionante ruptura de la transmisión religiosa en el seno de la familia), en segundo lugar, y los nuevos modos de socialización juvenil en los que la autonomía es más relevante que la asunción de lo heredado". Y, concretando más adelante, señala: "la ausencia de instancias eclesiales atractivas para los jóvenes más allá de algunos espacios cálidos...; la lejanía de la parroquia como espacio vital para la juventud" (Jóvenes 99, Fundación santa María 1999, pág. 415).

Si esta encuesta va dirigida a los jóvenes españoles en general, la de la Confer está realizada sobre mil quinientos jóvenes cercanos a las órdenes religiosas: estudian en sus colegios, trabajan con ellos, los conocen de cerca. Éstos aprecian y admiran a las personas consagradas, en las que reconocen múltiples cualidades, pero que no quieren saber nada de seguir sus pasos. Nos comentaba una religiosa amiga: "les encanta vernos nadar, pero no se lanzan a la piscina" y añadimos "sobre todo si hay que estar nadando toda la vida".

Las circunstancias son así, pero nunca pueden tener tanta fuerza que creen en el creyente pesimismo, ni lo induzcan a una crítica incul-

padora de los demás. No creemos tampoco acertado caer en la tentación de subirse a una nube y crear un mundo incontaminado, tan ameno como irreal, mundo en el que "cualquier parecido con la realidad fuese mera coincidencia". No podemos olvidar que el mundo ha de ser evangelizado desde sus necesidades y carencias y con tono de anunciadores de buena noticia, la palabra no es nuestra, por eso es palabra de salvación. Estamos en este mundo y en este momento de la historia, puede ser que las dificultades de todo tipo con las que nos encontramos para hacer llegar el mensaje a los hombres, sobre todo a los más jóvenes, sean mayores que las que se han encontrado hasta ahora. La actual generación intermedia fue, en España, la que sufrió las glorias y las miserias de la 'transición política'; muchos de los hombres y mujeres que estaban en nuestra onda y que trabajaban con gozo en tareas de ayuda a los más necesitados desde los servicios que prestaba la parroquia, creyeron encontrar un medio más eficaz de salvación de los hombres en la tarea política. Verdad es que algunos de ellos fueron abandonando su dimensión cristiana, a la que pusieron sordina muchas veces por exigencias del partido, y lo hicieron, por citar palabras del cardenal Eyt, "con una especie de apostasía tranquila"; verdad es también que esta misma falta de tragedia en el abandono de sus 'reflejos' religiosos les permite mantener la sensación de que todo sigue siendo igual. Algún sentimiento cristiano sí les queda. Son reflejos meramente culturales, aunque algunos se molestarían si les dijésemos que hace tiempo han dejado de ser cristianos.

Pero un síntoma muestra que nuestro diagnóstico no se aleja mucho de la realidad: la falta de vida de fe propia les ha hecho infecundos para transmitirla a sus hijos. A decir de algún comentario sobre el sínodo estamos en "una especie de nuevo exilio babilónico para que aprendamos a ser más humildes y a vivir la doctrina de la omnipotencia de la gracia". Es cierto, la estación actual de la Iglesia parece ser el otoño, pero nos gusta pensar que el otoño es una estación de esperanza: prepara la tierra para que dé buenas cosechas. Lo importante: dirigir una mirada esperanzada y fijar los ojos en el cielo, prestando a la tarea nuestro máximo esfuerzo. Si somos fieles y dóciles en la siembra y en el cuidado, la tierra no permanecerá infecunda. Asumiendo esta realidad, nos atreveríamos a deslizar esta editorial sobre el texto del cardenal Fóscolos.

1. Europa necesita una Iglesia más ágil

Con frecuencia nos hemos quejado de la lentitud con la que se afrontan algunos problemas planteados, de la tendencia a posponer cuestiones fronterizas y a pasar de puntillas sobre realidades candentes, de la práctica del 'más vale malo conocido' que nos mantiene en la falta de decisión y en el conservadurismo de elementos adyacentes, coyunturales y nada nucleares de la fe. Elementos que, la mayoría de las veces, no hacen sino servir de lastre a la evangelización. Y es necesario que vayamos "dejando a un lado los elementos superfluos de los siglos pasados". Es importante la memoria histórica, para aprender de ella y que, junto a la luz de la palabra, muestre caminos de futuro, pero, no nos cabe la menor duda de que elementos que pudieron ser operativos de evangelización en un pasado, incluso próximo, hoy lo único que hacen es impedir que la palabra sea luz para las gentes de este momento concreto en el que vivimos, sobre todo para los más jóvenes (y aquí podríamos decir que la juventud es también 'un estado del corazón') y se están usando para mantener privilegios y posiciones de dominio.

Quizás sea momento de asumir que el discurso que se originó durante y tras la clausura del concilio Vaticano II se nos ha quedado un poco anticuado, que es preciso progresar en la 'escucha' para descubrir cuál es hoy el lenguaje que debe traducir y hacer inteligible y con fuerza de llamada la 'buena noticia del evangelio', no sea que por nuestro deseo de conservar, hagamos inútil lo que nos dice el profeta Isaías (55,10) "Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y sólo vuelven allí después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar, para que dé simiente al que siembra y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí de vacío, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo". En definitiva, no se trata de ganar adeptos, sino de invitar a una salvación que abarca todas las dimensiones de la persona. Misión para la que el Señor se ha elegido un pueblo, el pueblo de Dios en marcha, un pueblo que camina, que no se detiene ante las dificultades, que no se queda fijo en el espejo para contemplar su propio rostro; pueblo que sabe que sólo mirando hacia lo que tienen delante, descubre el rostro de Dios, y lo descubre en el hermano, en el joven desorientado, en el

que nada necesita porque está satisfecho de sí mismo; en el que es autónomo, hedonista, vividor; en el antiinstitucional y en el que se refugia en tradiciones. Sabe que es grande la tentación de mirar atrás y la de olvidar las raíces de lo que lo ha traído al presente; pero conoce también la grandeza de una palabra que no podemos, que no se deja manipular, que es eficaz por sí sola y trae la buena noticia. Y, sin embargo, Dios ha querido que necesite de la mediación de los hombres para llegar a la tierra, calarla y hacer que brote un fruto nuevo de esperanza y alegría, palabra que no volverá vacía a la presencia del Señor.

Y ¿qué necesita esta palabra? En primer lugar valentía y confianza en el que es la Palabra. No podemos decir ¡basta de técnicas! Creemos que facilitan la experiencia; pero sí diría: dejemos de utilizar técnicas que se quedan en la mera superficialidad del procedimiento, sin hondura ni mensaje. La vida cristiana, que dimana del seguimiento, no es una técnica, está arraigada en lo más profundo de las actitudes y las decisiones que condicionan el ser y el obrar de cada hombre, no son juegos de niños que entretengan en recreos o en días de fiesta. A veces nos parece que dar catequesis es indoctrinar y en eso nos quedamos; dejamos pasar la ocasión de que el niño, el joven, el adulto vayan teniendo experiencia del que vive. No podemos impartir la catequesis como si fuera una historia del pasado, Cristo está ahora presente y, no sólo está en la historia actual, sino que es el que hace que se lleve a cabo nuestra historia de cada momento. Esto nos dará audacia para romper con todo lo que sean adherencias que oscurecen y parten de actitudes egoístas e interesadas, nada cristianas aunque hayan sido promovidas, en algún tiempo, por las máximas jerarquías de la Iglesia: "Humanus sum et nihil humanum a me alienum puto", caminar siguiendo el sentido de la voz de una nueva llamada, que es la que Cristo nos está haciendo en este momento a toda la Iglesia, desde el compromiso de los cristianos laicos, hasta el de los religiosos y religiosas y sacerdotes, que han de ser y estar de una forma nueva, cercana y, a la vez, instancia crítica. Con agilidad, sin dejarse detener por esquemas del un pasado, rico, pero ya superado. Consideramos que no cualquier tiempo pasado fue mejor, que hemos caminado y progresado y no es bueno que tengamos nostalgia de lo que fue, aun siendo muy bueno, porque en este momento estaría fuera de contexto. El

nostálgico no camina, sueña; no hace avanzar la palabra, la mantiene en esquemas que a él le dan seguridad. Hace ineficaz una palabra y una forma de vivir, que como tal o se desarrollan y se hacen asequibles o mueren.

2. Conservando intacta su doctrina y moral

Esta actitud de ir hacia delante no supone avergonzarse de lo que se es, ni querer hacer sincretismo que ponga el cartel de 'rebajas' a las exigencias de la fe y al comportamiento. Preciso es que las comunidades cristianas muestren con claridad sus perfiles, su estilo de vida, su participación en la fiesta litúrgica, como encuentro de los hermanos en torno a la mesa del Señor. Comportamientos y criterios, actuación en la que no sea lo importante el tener, ni el conseguir el mayor cupo de poder y gozo posibles. Comunidades en las que se dé la acogida, la preocupación por los otros. En las que se perciba la atención al necesitado, el respeto por la vida, la esperanza en el futuro y la colaboración con los demás en cualquier tarea que de verdad hace progresar a todo hombre y a todo el hombre; la exigencia en la educación, la formación de los hijos en la austeridad y en la capacidad de ponerse límites. Recordaría el tan conocido texto de Hech 4,32: "El grupo de los creyentes pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas. Por su parte los apóstoles daban testimonio con gran energía de la resurrección de Jesús, el Señor, y todos gozaban de gran estima. No había entre ellos necesitados, porque todos los que tenían haciendas o casas las vendían. Llevaban el precio de lo vendido, lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad".

Esta fue la moral y la doctrina. Así caminó la Iglesia entre dificultades en el mundo antiguo. Las formas concretas no pueden ser iguales, las coordenadas y la realidad social es muy diferente, por lo tanto los modos tienen que cambiar, pero el espíritu de hermanos que unánimemente afirma su fe en el Señor (pensar lo mismo es desde la fe, no creo que entre aquí disquisición política alguna), el encuentro para la oración y la Eucaristía, la escucha de la palabra que ilumina y orienta la vida cotidiana, la necesidad de compartir lo que tiene

para que nadie carezca de lo necesario. Pensamos que esto es algo a lo que no podemos renunciar: Cristo luz de la vida, luz de los pueblos. Luz de esta vida concreta, de este pueblo que ahora camina entre gozos y miserias en el 'umbral del tercer milenio'

3. Hable a la juventud sin equívocos

Hemos aludido más arriba a la juventud española 99, tal como nos la refleja la encuesta, leemos estos días artículos, aparecidos en revistas especializadas, que nos hablan de una juventud aturdida por el grito: ¡el dinero, el dinero, hombre!, que no quiere crecer para no hacerse responsable, con ese síndrome de Peter Pan que promete ser siempre niño. Juventud que no quiere, y por eso necesita más, esquemas de asentamiento concretos, que está reclamando a gritos fundamentación, juventud nocherniega, que nos recuerda que las luces, el ámbito de la bohemia es la noche y que la noche es símbolo de la decadencia. Las luces de neón que marcan el irrealismo convertido en la más imponente de las fábulas de la postmodernidad.

Hay que volver a la luz, en la que los perfiles no se confundan, a los rostros sin pasamontañas, que sepan enfrentarse a la vida sin los engaños del alcohol, que deforma la realidad, o las drogas que la distorsionan y la colorean artificialmente. Y el amanecer tiene que darse primeramente en el fondo del corazón. Hay que recuperar para el joven la 'luz de su juventud' que es suficiente para transformar todo lo que se encuentre a su paso y esa luz sólo está en quien es la luz: Cristo. Una nueva evangelización desde el sanar las heridas del corazón de los jóvenes de hoy, quizás uno a uno, en un acompañamiento paciente y apropiado; sin fórmulas mágicas, porque la sanación viene de aplicar la medicina, no de pronunciar palabras de ensalmo.

Sin condenar, pero sin halagar. Respetando lo que nos tienen que decir, la crítica que hacen a lo que les hemos preparado. Y nos gustaría que todo fuese desde el descubrimiento de lo que significa amar, ser amigo, caminar junto a otros, empeñado en hacer que este camino sea lo más gozoso posible. Ser asertivo no significa condenar, ni poner gesto adusto y rostro impenetrable, sino decir y hacer aquello que está conforme a la verdad de nuestra propia vida, desde la luz del evangelio. ¿Por qué parece que ya no es buena noticia?

4. Sin imponerle al mundo moderno más de lo necesario

Siempre nos han parecido sabias las palabras del libro de los Hechos que aconsejan no imponer más de lo necesario a los cristianos procedentes de la gentilidad. Los usos y costumbres de cada época no son, sin más, trasvasables. Ni lo son los ritos y las liturgias de otros tiempos (por más bellas que fuesen). Los nostálgicos hacen que la palabra de Dios sea ineficaz en la sociedad concreta y quieren imponer cargas que 'ni vosotros mismos habéis podido soportar', como dijo Jesús a los fariseos. Están de más las discusiones sobre pequeños detalles, que parecen reducir la vida de fe a formas más o menos elegantes (o amaneradas), que producen la sensación de estar inmersos en el infantilismo de unas reglas de juego que se fijan más en las reglas que en el juego: la tarea que hay que llevar a cabo. Es tiempo de que alentemos comunidades en las que se muestre la vida y se haga viva la fe, que sea crítica con los círculos de pobreza, destrucción y muerte y con la globalización que despersonaliza y vacía todas y cada una de las comunidades humanas, que deja sin alma a la sociedad, al hombre que pulula por ella.

Está llamando a nuestras puertas la confianza: no debemos echarnos más culpas, ni creernos más pecadores de lo que somos, pero tampoco acusar a los demás más allá de lo que es su responsabilidad. La confianza que llama a nuestra puerta es aquella que sabe que sea la que sea la situación humana, siempre está habitada por Dios, que él nunca deja de trabajar al hombre y a su historia. Por eso no impone más de lo necesario, y, creemos, que lo único necesario es redescubrir la frescura y novedad de un mensaje de amor que no se queda en teoría, sino que muestra con la vida, dándola, que lo importante es el hombre en todas sus dimensiones y que, desde la sangre derramada, descubre la vida como don, y por decirlo con palabras del Congreso europeo de vocaciones "Si hay un don al comienzo de la vida del hombre, que lo constituye en ser, entonces la vida tiene el camino trazado: si es don serás plenamente él mismo si se realiza en la perspectiva del darse; será feliz a condición de respetar esa naturaleza suya". Y unas líneas más adelante nos da la clave de confianza y de lo necesario: "Si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo que salva a la humanidad, y si dicho sacrificio es cuerpo roto y sangre derramada por la salvación de

la humanidad, también la vida del creyente está llamada a modelarse sobre la misma correlación de significados: también la vida es bien recibido que tiende, por su naturaleza, a convertirse en bien dado, como la vida del Verbo. Es la verdad de la vida, de toda Vida". Aquí podría estar el secreto de una transformación de la vida de nuestros jóvenes que hiciera que la generación intermedia recuperase la verdadera dimensión de lo que significa 'ser y vivir como seguidores de Cristo', de ninguna manera es plantearse la vida desde el capricho y el egoísmo. Para recuperar la alegría y la esperanza de vivir el viejo continente necesita volver a encontrarse con su historia y su futuro en Jesucristo.

Terminamos. Creemos que durante los primeros días del Sínodo para Europa los padres sinodales acertaron en el diagnóstico que hacían sobre la situación de nuestra sociedad occidental en cuanto a religiosidad e influencia de los valores cristianos y a su fe. La reacción fue de preocupación y cierto temor y se intentó decir que no era para tanto: el retrato en negro era real y evidente. Y nos parece que, si creemos que la luz del Espíritu dirige a la Iglesia, es preciso que nos pongamos o continuemos a la escucha y, desde Él, demos respuesta a este "aparente vacío" que se da en nuestra Europa . Los síntomas son abundantes y claros y no nos permiten cerrar los ojos. El reto de nueva evangelización está ya lanzado desde la misma arena de la vida cotidiana: Europa está compuesta por países que necesitan ser evangelizados. A encontrar la clave de comunicación del mensaje evangélico nos ayudará el Espíritu, tras una actitud de escucha, que nos impulse a atrevernos a hacer una lectura serena y real de los hechos que, sin duda, son palabra fuerte del mismo Dios a su Iglesia de hoy.